

Ni violencia ni divisionismo

En una enérgica alocución con motivo de la clausura del año académico del Instituto Nacional de Investigación y Capacitación de Telecomunicaciones, el Ministro de Transportes y Comunicaciones, General Raúl Meneses Arata, denunció hace pocos días la acción desestabilizadora que contra la Revolución Peruana realizan determinadas agencias. Sostuvo el Ministro que tal hecho demanda estar alertas a cualquier intento de provocación, y agregó que en el caso de que el imperialismo lograra paralizar nuestro proceso, "al Tercer Mundo no le quedaría sino la alternativa de la violencia".

Estas palabras, reiterativas en cuanto a la necesidad de una precisa conciencia sobre el hecho de que el país es objeto de reales acechanzas, internas y externas, debe llevarnos a una actitud más que nunca vigilante en defensa, no sólo de la continuidad revolucionaria, sino también de los cauces pacíficos dentro de los que hasta ahora se ha venido desarrollando el proceso. En este sentido cualquier intento por introducir la violencia como ejercicio político —sea cual fuere la causa que se dice defender— deviene necesariamente instrumento contrarrevolucionario. Esto es fundamental.

Refiriéndose luego a las diversas formas de acción desestabilizadora, el Ministro Meneses afirmó que para lograr tales propósitos "lo mismo manipulan el terrorismo, desarrollan labores de espionaje o procuran la infiltración, el sabotaje y el divisionismo en el seno del pueblo, en sus instituciones y en las entidades con peso determinante en la marcha del proceso". Definición con la cual se alude directamente a un punto de suma trascendencia dentro de la actual coyuntura revolucionaria. En efecto, si bien es preciso luchar contra la institucionalización de la violencia como forma de acción política, es también imperativo luchar contra todo divisionismo en las instituciones de base creadas por la Revolución.

Si el proceso peruano se define esencialmente participacionista, el papel protagónico en la consolidación de la nueva sociedad deberán jugarlo las bases populares organizadas. Por ello, el crecimiento y la acción de éstas constituyen la verdadera pauta de las posibilidades reales de éxito del proceso. En tal sentido, toda división institucional en este nivel es completamente indeseable.

Dos maneras, pues, de cuidar la salud revolucionaria aparecen como prioritarias en la hora actual: oponerse a la violencia como ejercicio de militancia política y luchar contra todo divisionismo en el seno de las organizaciones populares de la Revolución.

correo

nueva era

SU DIARIO DE LA MAÑANA

Un mundo para Alfredo Bryce

/ CESAR CALVO

Sucede que hace sol y esto, Alfredo, en animales inclinados a la nostalgia como nosotros, despierta deseos de hablar cosas, de saquearte instantes, recuerdos, opiniones fingiendo un reportaje que no hicimos y ya fue publicado. Como si en lo que fueras a decirme los lectores bebieran no sólo tus palabras, sino esta tarde lujosa sobre los techos azul—acero del Barrio Latino, aquí en París, y puedan acercarse a la ventana o descender con nosotros por la rue Amyot hablando a veces hasta el barcito aquél de los Cinco Billares.

Sucede, pues, que hace sol en Lima y es 26 de julio, o es anteayer y llueve largamente sobre la Place de la Contrescarpe y en medio de millares de lectores recuerdo que dijiste:

"Un crítico madrileño me escribió acerca de mi origen, miembro de la alta burguesía, etcétera. En efecto, tú sabes que he vivido una buena parte de mi vida en medio de una familia en la cual siempre alguien había sido virrey, o presidente, o alcalde o señor de directorio. Pero siempre ya hacia bastante tiempo de esto y entonces lo importante eran los recuerdos: es decir que en el fondo creo que anduve metido en una familia bastante decadente, en la cual, si bien se paseaban muy campantes uno que otro gran propietario de tierras, uno que otro presidente o gerente de un banco o de una gran compañía, se paseaban también, nada campantes, algún aterrorizado empleado y hasta algún infeliz mendigo con quien yo había jugado de niño en algún balneario que ya siempre estaba pasado de moda. Económicamente, creo que encontré en mi familia miembros de todas las clases sociales, y de ninguna. Porque todos andaban desadaptados por el eterno problema de los recuerdos. Estas vivencias tienen que haber influido en mi obra y seguirán influyéndola. Pero mi familia no era la única así, y el cerco se fue ampliando y entonces me puse a pensar por qué era tan duro saltar de rama en rama y por qué cada rama era tan distinta a la otra. De hecho, la respuesta no estaba en mi familia, y es necesario aceptar que allí arranca otro tipo de experiencia nada familiar, nada autobiográfica, y que también influye y muchísimo en la obra de uno. Quien quiera considerar "UN MUNDO PARA JULIUS" como autobiográfica no habrá comprendido nada. No habrá comprendido que uno no se pasa la vida sentado y perteneciendo a una familia; y que felizmente traigo conmigo un equipaje bastante pesado y adquirido fuera de ese ámbito que también otros quieren hacerme odiar. Ni lo uno ni lo otro, sino que lo uno y lo otro. Ni odio ni ternura. Las dos cosas, eso sí, como en esos manjares agriales que son tan sabrosos pero cuyo exceso hace desgraciadamente tanto daño".

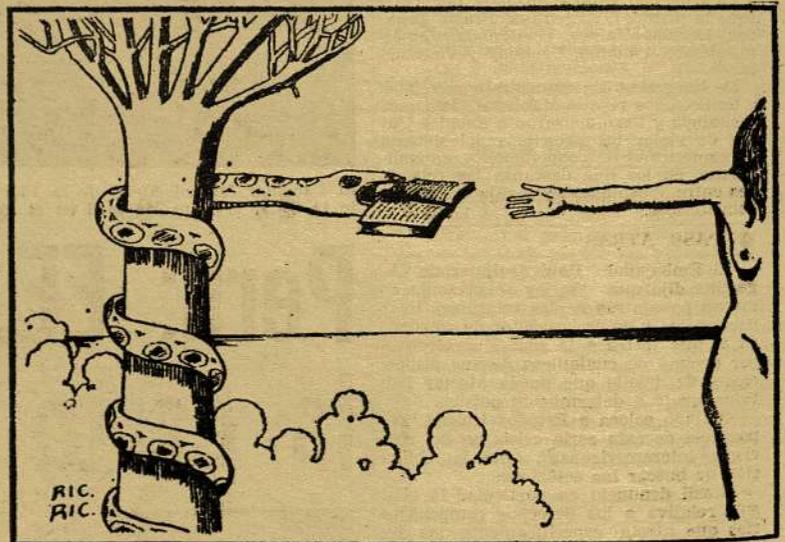
Estamos ahora a fines del 67 y tú todavía combates con las primeras páginas del mundo para Julius y no hace sol ni llueve sino que vives con Maggie en un altillo de la rue de Navarre y estoy mirándote inclinado no a la ventana de hoy sino a la vieja máquina de escribir de siempre. Trataste de hacer un cuento de diez páginas en el que un niño jugaba con su hermana y acabaste haciendo una novela de 600 en la que el mismo niño juega con un mundo y lo rechaza o lo rompe, no se sabe bien. "Porque los niños llegaron a pensar y a sentir como los sirvientes. Un día, a escondidas de sus padres, que se lo habían prohibido, vaciaron sus alcancías y apostaron con la servidumbre a un caballo que tenía que

ganar. Perdieron, por supuesto, porque el papá se vestía muy bien y por consiguiente siempre tenía la razón. Algo de esto hay en los primeros capítulos de mi novela, pero el episodio en sí nunca logré integrarlo. Siempre pensé utilizarlo como epílogo pero al final ya no era necesario el epílogo y además ya hacia muchos años que Cinthia había muerto".

Ahora volvemos a la rue Amyot y bajo el mismo sol de medio año, entre las páginas de tu último cuento todavía borroso nos reencontramos con Julius. Pero no. La misma voluntad de recuerdo dirige tu mano sobre la vieja máquina. La misma cara vuelta a la infancia, pero otros ojos, otros gestos, otra manera de encarar lo irremisible. Porque en aquél tu relato más reciente, otra vez, Cinthia ha partido enferma a los Estados Unidos, "pero ahora un niño que seguramente no se llamará Julius la reemplaza con otra igualmente rubia y juega con ella hasta olvidarse por completo, en los alrededores de un mundo feliz, bajo el cielo soleado de Chosica". Y aunque no lo quieras,

te junta en un bar tan apacible, cierta noche dejó su vaso a medio consumir y se hizo mozo con gorrita y ojos saltones y todo. Vitorio de Sica nos sirve ahora unas cervezas mientras una minifalda de al lado se levanta hacia el teléfono con dos piernas infinitas adentro y tú nos dices es la lechuga porque sólo me saluda de noche y de pronto te detienes y gritas al dueño "General, qué le parece este poema de mi hermano" y el buen señor sonríe y tú añades "este hombre simboliza por momentos mi nostalgia del Perú".

Y de pronto no es medio año ni estamos a fines del 70 ni hace sol ni llueve ni es la rue Amyot ni la rue de Navarre. Te veo, elegantísimo bajo un terno cruzado a cuadros, hojeando versos de Ovidio bajo las palmeras del Patio de Letras, San Marcos 1959, cuando el Parque Universitario todavía, resistiendo las bromas de Tulio Loza, quien hizo de ti un gringo simpático apodado Mister Bryce. Nadie te entiende ni tú entiendes a nadie, solo y elegantísimo caminas con el gordo Massa o das el brazo a una de tus desvanecidas colegas que si bien no prometen llegar a



Julius está aquí. Sus orejas asoman tercamente bajo los antifaces que le pones, que le pone este nuevo Bryce, el cuentista que a la paciencia genial de una obra como "Conversación en la Catedral", antepone la impaciencia genial. Y después de leer las hojas de tus nuevos relatos, donde pretendes "crear a partir de la nada, a partir de las simples sugerencias de un refrán, por ejemplo", después, digo, visitamos nuevamente, o por primera vez, el bar de los Cinco Billares, el pequeño mundo no de Julius sino de Alfredo, no ya el lujo desmoronado de los palacios limeños sino la amable sordidez de las mesas gastadas. Y de codos en una, junto a la puerta, miras al dueño del local y señalas y veo su enorme parecido con el General Velasco y de súbito todo parece ser otra cosa, todos son otra cosa, conviertes en John Wayne a la camarera narigona y rojiza, en Vitorio de Sica a un viejo obrero italiano que, asombrado de ver tanta gen-

entender tus libros son una carta segura para el concurso Miss Perú.

Y ya estás, entonces, nuevamente, en tu país, andando en mi memoria o sentido entre millares de lectores en el bar de la Contrescarpe, caminando bajo el sol de granizo del Cusco en la noche, con Angel Avendaño y el negro Leoncio Bueno y con Pablo Vitali, jurando que vendrás para quedarte y sabiendo que no podrás hacerlo todavía, creo que todavía, pero aquí, entre nosotros, en este país que avanza sin tus pasos y que de pronto avanzaría mejor con ellos. Y ya no te para nadie, Alfredo, porque si el mundo de Julius era el mundo vacío de la oligarquía peruana Q.E.P.D., tu mundo ahora (en los Cinco Billares o en cualquiera de los millones de puntos cardinales) es un mundo cálido, presente y esperanzado, un mundo lleno de los autores y personajes del Perú que te habita y al que amas y sirves viviendo y escribiendo, un mundo, en fin, lleno de los entusiasmos que, a diferencia de este recuerdo, no tienen final.